

Sombras en la playa

una memoria
Meadow Ayres Davis

La playa al norte del pueblo siempre ha sido, y es mi refugio especial. Ahora me planto debajo de la punta majestuosa, desgastada por el viento y el oleaje. Los árboles se inclinan al este. Sus espaldas torcidas y fuertes se ofrecen para proteger a las rocas contra el mar. Cierro los ojos y respiro el aire marino, las moléculas de sal se me cristalizan en las cejas, las pestañas. He sido una parte de este mundo, desde el momento en que mi mamá me mojó los pies en el agua fría antes de que podía andar, antes de que podía pensar en ninguna otra vida afuera del agua y de la sal.

Con los ojos cerrados puedo vivir cada momento en que he estado aquí, con los dedos del pie entumecidos del agua y las uñas llenas de arena. Como niña jugaba sosegadamente, haciendo castillos con los fosos llenos del mar subiendo de la arena. Por unos túneles secretos podía caminar al castillo con los dedos. Cerraba las orejas a los murmullos de mi madre y alguna amiga suya; de vez en cuando su risa me sorprendía de mis sueños por un momento. Siempre volvía a mi reino de fantasía. Yo era princesa, yo era reina del castillo, nunca tenía frío, nunca tenía sueño, y nunca quería volver a la realidad ni a mi casa. Al crepúsculo subía penosamente arriba por la senda. Miraba la playa de soslayo, mi mundo perfecto desapareciendo debajo de las dunas.

Tenía una perra. Ella era grandísima y tenía un olor terrible a causa de las alergias de la piel pero me servía de guarda fiel y constante por toda mi niñez. Podía ir a cualquier lugar que quería a cualquier hora del día o de la noche si me acompañaba Domino. Me encantaban las tempestades y siempre quería ir a mi playa especial cuando el viento flexionaba las ventanas y la lluvia caía horizontalmente limpiando todo en su

sendero. Una noche como otras incontables, me puse una gabardina y llamé a la perra. Juntas combatimos el viento, yo con la cabeza baja, el pelo azotándose la cara y Domino con la cola baja y llevada a un lado. Había electricidad en el aire, había poder y estábamos llenas de estas fuerzas naturales. Las respiré, guardándolas en el alma para un día, tal vez el próximo, en que tuviera que ir a la escuela donde nunca cogía con los demás. No había luz ni sombra en una noche como ésta, solamente la fuerza del agua del cielo y del agua del mar combinándose con violencia y deseo. Las líneas de la atmósfera estaban empañando mientras subí los brazos y la cara para llenarme del agua. Mi ropa se pegó al cuerpo como consecuencia del viento incesante. La perra, siempre a mi lado, estaba alerta, la nariz trabajando para oler la vida de esta noche, las amenazas y las caricias.

Dije "te amo" por primera vez en esta playa. Tenía quince años y no estaba pensando en decirlo. Estaba pensando en el sabor de la cerveza barata, el olor del humo del fuego, del humo de los cigarrillos de él, y del cuero de su jaquete. Supongo que estaba pensando en el fin del verano y la sensación de su barba incipiente contra la mejilla. El aire estaba llena de la fricción del cambio de las estaciones. La playa estaba tranquila entre la fresca brisa estival del noroeste y el fuerte viento del suroeste de las tempestades invernales. Pero, había energía y yo la sentí en la locura de mi borrachera y mi juventud. Las risas de mis amigos desaparecieron al otro lado del fuego y por un momento sentí alguna claridad y dije las palabras sin pensar en el sentido, sin tener ni bastante experiencia ni suficientes años para entender lo que era el amor. Los dedos estaban tocando la realidad en el calor de la arena debajo del fuego; sentí el verdadero amor en el frío de la neblina por el cuello pero no pude

entender, no pude saber.

Muy de vez en cuando al final de agosto o al comienzo de septiembre hay una noche, algunas veces una semana entera, en que la temperatura del mar y la temperatura del aire se combinan perfectamente para permitir al fitoplancton fosforescente florecer. Millones de organismos microscópicos relucen y brillan en cada movimiento de las olas. Los pasos en la arena mojada resplandecen en una manera fuera de nuestro mundo. Fue una de estas noches en agosto. Estaba perdida. Estaba buscando una vida nueva. Acabé de recuperar de una enfermedad larga, acabé de graduarme del colegio, acabé de terminar una relación turbulenta. Me encontré en una noche tan mágica que las estrellas, el mar, y la arena todos estaban centelleando con la luz de todas las galaxias del universo. Las nubes estuvieron amontonadas hasta el horizonte como una multitud de puntas de roca estrechándose rumbo la infinitud. Sentí que pudiera tocar el cielo y en el próximo momento pudiera tocar el mar y que los dos dejarían los dedos brillando con plata. Me senté en una pieza de madera de deriva hasta la mañana con el hombre de mi futuro desconocido a mi lado y me descubrí a mi misma y mis raíces otra vez. Subí los brazos y la cara para llenarme de luz.

Este año van a violar la punta majestuosa con sus tractores. Van a destrozar en un momento los árboles que han sobrevivido por centenares de años contra las fuerzas incesantes del Océano Pacífico. Van a aplanar las dunas para poner una calle y casas para la gente rica que las usará una semana al año. Matarán la luz de millones de estrellas y fosforescentes con sus focos y sistemas de seguridad. Y yo... yo, me plantaré debajo de la punta y me arrodillaré en la arena y pondré los labios en el agua fría. Por mis gotas la sal de mi cuerpo y la sal del océano se combinarán para quedarme en alma y corazón en esta playa sagrada para siempre.

Shadows on the Beach

a memoir
Meadow Ayres Davis

The beach at the north end of town has always been my special refuge. I plant myself below the majestic point, worn from the wind and surf. The trees lean to the east. They offer their strong and twisted spines to protect the rock face from the sea. I close my eyes and breathe the ocean air; molecules of salt crystallize on my eyebrows and eyelashes. I have been a part of this world since the moment my mother immersed my feet in the cold water before I could walk, before I could think of any other life beyond water and salt.

With closed eyes I can relive each moment that I have been here, with my toes numb from the water and my fingernails full of sand. As a child I played quietly, making castles with moats which filled with sea water rising up from below. Through secret tunnels my fingers walked to the gates of my castle. I closed my ears to the murmurs of my mother and her friend. Their laughter would startle me for only a moment, then I returned to my fantastical reign. I was a princess, I was the queen of my castle, I was never cold, I was never sleepy, and I never wanted to return to reality or home. At dusk I trudged slowly up the path. I looked back at my perfect world disappearing behind the ridge of the dune.

I had an enormous dog who smelled awful because she had skin allergies. But she was my faithful and constant guard through all of my childhood. I could go anywhere, day or night, as long as Domino accompanied me. Winter storms enchanted me, and I always longed for the beach when the wind flexed the windows and the rain fell horizontally, cleaning everything in its path. One night, like countless others, I put on my raincoat and called for the dog. With lowered heads, together we battled the wind, my hair

whipping my face and Domino's tail low and blown to the side. There was electricity and power in the air and we were full of these forces of nature. I breathed them in, guarding them in my soul for the future, perhaps the next day, when I would have to go to school where I had never fit in. There was no light, no shadow on a night like this, only the force of sky water and ocean water embracing with violence and desire. The atmospheric planes blurred as I lifted my arms and my face to fill myself with water, my clothing lashing my body in the incessant wind. The dog, always by my side, worked her nose to smell the life of this wild night, the threats and the caresses.

I said, "I love you" for the first time on this beach. I was fifteen years old and I had not been thinking of saying it. I was thinking of the taste of cheap beer, the smell of smoke from the campfire, smoke from his cigarettes, and of the smell of the leather of his jacket. I suppose that I was thinking of the summer's end and the sensation of his incipient beard scratching my cheek. The air was full of the friction of the changing seasons. The beach was calm between the brisk, northwest wind of the summer and the fierce, southwest wind of winter storms. But even within the craziness of my drunkenness and youth I sensed the humming energy. On the other side of the fire the laughter of my friends faded away and in a moment of some clarity I said the words without thinking of the meaning, without having enough experience nor having lived enough years to understand what love was. My fingers were buried in the reality of hot sand beneath the fire; I felt true love in the cold mist crossing the nape of my neck but I could not understand, I could not know.

On a rare year at the end of

August or the beginning of September there is a night, sometimes an entire week, when the temperature of the water and the temperature of the air combine perfectly and phosphorescent phytoplankton bloom. Millions of microscopic organisms gleam and sparkle in every movement of the water. Steps in the wet sand glitter extraterrestrially. It was one of these nights in August. I was lost. I was looking for a new life. I had just recovered from a long illness, I had just graduated from high school, I had just ended a turbulent relationship. I found myself on a night so magical that the stars, the ocean, and the sand were all glowing with the light of every galaxy in the universe. The clouds were stacked against the horizon appearing as a multitude of rock headlands stretching into infinity. I felt that I could touch the sky and the sea in the same moment, and both would leave my fingers glistening with silver light. I sat on a piece of driftwood until morning with the man of my unknown future at my side and discovered myself and my roots again. I lifted my arms and my face to fill myself with light.

This year they will defile the majestic point with their tractors. In one instant they will raze the trees which have survived for hundreds of years against the relentless forces of the Pacific Ocean. They will flatten the dunes for a street and houses that rich people will use one week of each year. They will murder the light of millions of stars and of the phosphorescence with their flood-lights and security systems. And I... I will plant myself beneath the point and fall to my knees on the sand. With my lips in the cold water, through my teardrops, the salt of my body and the salt of the ocean will combine to keep me in my soul and my heart on this sacred beach forever.